

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Lluís Juanós, monje de Montserrat
27 de octubre de 2013
Sir 35, 12-14.16-18 / 2 Tim 4, 6-8.16-18 / Lc 18, 9-14

Hermanas y hermanos:

Uno de los principales motivos que movía a Jesús para hablar en parábolas era implicar a sus oyentes en lo que intentaba enseñarles a través de estas narraciones. Y en el texto evangélico que acabamos de escuchar, vemos a Jesús que dirige su parábola a unos que se tenían por justos, y despreciaban a todos los demás.

La primera reacción que podemos tener al escuchar la parábola es sentir simpatía por el publicano y pensar que el fariseo, con su actitud autosuficiente, arrogante y despreciativa tiene bien ganada la sentencia final del relato: "*Os digo que éste –el publicano- bajó a su casa justificado, y aquél no*". ¡Ya le está bien!, podemos pensar. Y si hemos llegado a esta conclusión, satisfechos de haber coincidido con el criterio de Jesús, me pregunto si hemos entrado de verdad en el contexto de la parábola y por tanto, si no nos hemos situado más bien al margen del texto, porque, en este caso, esto nos puede indicar que escuchando este relato no pasamos de ser simples espectadores de un hecho que no nos afecta; que lo miramos desde la barrera y que como mucho, coincidimos con Jesús y estamos de acuerdo con la sentencia que dicta, pero con toda probabilidad, no pasamos de ahí.

Seamos sinceros y reconozcámoslo: Es más cómodo para nosotros ser unos espectadores de esta parábola, ya que ponernos delante de Jesús, entrar en su juego a veces es peligroso, nos puede resultar incómodo y hacer añicos nuestra autocomplacencia, poniendo de relieve nuestras incoherencias, haciéndonos ver que también dentro de nosotros habita un fariseo, y que como el de la parábola, a veces también nos gusta presentar ante Dios y los demás nuestros méritos, como unos privilegios que nadie tiene derecho a discutir, como si en un acto de descarada arrogancia -permitidme la ficción- dijéramos a semejanza del fariseo: soy tan bueno que incluso Dios no puede hacer otra cosa que darme la razón... ¡cuando realmente, Dios no puede hacer otra cosa que una mueca indulgente y compasiva ante tanta pedantería! y de paso, hacernos comprender que no son los "currículos", los méritos, títulos y privilegios que podamos ostentar, lo que cuenta a sus ojos, sino más bien la actitud humilde de aquel pobre publicano que desde la su situación pecadora y despreciable a los ojos del fariseo, sólo podía mostrar las manos vacías para implorar de Dios el perdón y la misericordia .

La parábola del fariseo y el publicano es un buen test para la vida cristiana. De hecho, podríamos decir que la parábola no llega a su objetivo final hasta que tomamos la decisión de entrar y reconocer que nuestro corazón está habitado por dos maneras de hacer. Jesús, a través de estos personajes, nos habla más bien de actitudes, de nuestras propias actitudes; de dos maneras de situarnos en relación a Dios y a los demás y de ver las dos maneras cómo Dios mismo corresponde.

Si bien podemos encontrar dentro de nosotros el deseo de ser personas agradables a Dios, aunque, alguna vez miremos a los demás por encima del hombro, también hay momentos en que, por gracia, nos damos cuenta de que estamos muy lejos de los verdaderos sentimientos de Cristo y entonces ya no nos atrevemos a levantar los ojos al cielo.

Cuando iniciamos la celebración eucarística, lo hacemos siempre reconociendo nuestros pecados, precisamente para que nuestra celebración no esté centrada en

nuestros propios méritos, ni tampoco en nuestras faltas, sino en la bondad de Dios. La vida cristiana nos pide tener "alma de publicano" ya que es la mejor manera de conseguir tener los mismos sentimientos de Cristo, que no vino a aplastarnos con su superioridad, sino a hacerse pobre y humilde para que aprendiéramos el camino que lleva a Dios.

Como el fariseo y el publicano, también hoy hemos subido al templo, a esta basílica de Montserrat, para orar y celebrar la Eucaristía. Y como ellos, también nos encontramos ante Dios, con nuestra realidad, nuestra historia personal, y con las manos llenas de nuestros méritos o de nuestra miseria. No importa. Tanto si nos sentimos más cerca de uno o del otro, el Señor nos acoge a todos y no nos corresponde juzgar a nadie ni exigir de Él nuestra justificación. Todo es gracia, don, regalo inmerecido para aquel que ha comprendido que Dios es vulnerable ante toda muestra de amor, de humildad y confianza.

Es así de grande el corazón de Dios, y en la estima que nos tiene no hace distinciones entre sus hijos. Que la oración del publicano sea hoy también la nuestra y nos mueva a la conversión; a vivir la fraternidad de los hijos de Dios en la Iglesia y en el mundo, sintiéndonos así hijos de un mismo Padre, más allá de nuestras discrepancias. Que el Pan que compartiremos en esta Eucaristía, nos reúna a todos en la unidad.